

## RECENSIONES REVIEWS

BOSINSKI, GERHARD: *Les origines de l'homme en Europe et en Asie. Atlas des sites du Paléolithique inférieur*. Éditions Errance, Paris 1996, 176 págs., 148 figuras.

Las investigaciones desarrolladas en los últimos años han aumentado sensiblemente el nivel de conocimientos sobre los primeros tiempos de la humanidad, aportando novedades que, en especial para Eurasia, imponen cambios significativos en la consideración de muchos aspectos básicos. La situación ha dado lugar a cierto número de publicaciones y a amplios debates, que no siempre han rebasado el ámbito de los medios más especializados, reflejándose muy parcialmente fuera de ellos. El libro que comentamos ofrece una síntesis de fácil lectura, que puede resultar apropiada para quien busque una aproximación rápida al estado de estas cuestiones.

Más allá del título, para las primeras etapas se recogen también los descubrimientos africanos, de manera que es posible adquirir una visión global de los temas tratados. La información se estructura cronológicamente en cinco grandes divisiones, antes de 2 millones de años (m.a. en lo sucesivo), de 2,0 a 1,5 m.a., entre 1,5 y 0,78 –que coincide aproximadamente con la duración convencional del Pleistoceno Inferior–, de 0,78 a 0,5 –la primera parte del Pleistoceno Medio– y de 0,5 a 0,3 m.a., el Pleistoceno Medio Típico, momento a partir del cual las industrias líticas y los tipos humanos comienzan a experimentar cambios a un ritmo más acelerado, dando lugar al corte –que algunos autores tienden a minimizar– que separaría el Paleolítico Inferior y el Paleolítico Medio.

La documentación para la primera fase es realmente exigua y, a nuestro juicio, un tanto insegura, aspecto que quizás no sea resaltado suficientemente, al plantearse una discusión que se apoya en referencias no muy consistentes. Las dos localidades asiáticas que se citan, Yiron en Israel y Riwat en el norte de Pakistán, carecen de elementos demostrativos –incierto estratigrafía en el primer caso, industria escasa y de controvertida interpretación en el segundo– para aceptarlos como prueba de una presencia humana extrafricana tan temprana. En este continente Bosinski recoge brevemente los yacimientos etíopes de Kada Gona (Hadar), donde muy recientemente se han producido nuevos hallazgos, con cronologías entre 2,63 y 2,52 m.a., y los del río Omo (Turkana Norte), 200.000 años más recientes. En el primer caso –seguimos a H. Roche en esta valoración– se trataría de registros limitados, algunas decenas de lascas y núcleos elementales sobre canto, materiales que no demostrarían más que una talla poco hábil, pues se trata de cantos partidos, en procesos que no revelan cadena alguna de gestos técnicos. Por otro lado las fechas de Hadar deben aún aceptarse con cierta cautela, al haber sido objeto de alguna revisión. En el Omo se conoce industria a partir del Miembro F de la formación Shungura –2,35 m.a.–, con caracteres paralelos a los apuntados en la región de Hadar. La localidad Omo 123 aportó sin embargo más de un millar de piezas, que también responden, de acuerdo con H. Roche, a la fracturación violenta e incontrolada de algunos bloques. Otro sitio de la misma edad en la orilla occidental del Turkana, Lokalelei también aportó una serie amplia, en torno a 500 artefactos, con características similares. Hasta 400.000 años más tarde no se ha

registrado en Africa Oriental, en Turkana, Olduvai y otras regiones, industrias que realmente demuestran una actividad sistemática de talla.

Para la «etapa» siguiente, de 2,0 a 1,5 m.a., algunas localidades africanas aportan verdaderos artefactos, que cuentan además con dataciones consistentes. Bosinski sintetiza la información correspondiente a Olduvai y al lago Turkana, deteniéndose especialmente en la zona oriental de este último –Koobi Fora–, así como en las cuevas sudafricanas de Sterkfontein y Swartkrans. Quizás cabría haber recordado también los sitios oldowayenses de Melka Kunturé –Etiopía– de similar edad –1,8 a 1,5 m.a.–, o, por escaparse un tanto de la franja más oriental, el yacimiento de Nyabusosi, en Uganda, excavado recientemente por P.J. Texier. En cualquier caso la panorámica recogida proporciona una impresión correcta de la arqueología africana del momento. Fuera de Africa se mencionan Longgupo y Youanmou en China, Sangiran en Java, Tatoi en Rumanía y Orce en España. Youanmou y Tatoi son, según el mismo Bosinski poco claros. En efecto ni la estratigrafía del primero, ni los dos únicos y dudosos cantos tallados del segundo constituyen referencias firmes. Tampoco parece que una sola lasca y un percutor de Longgupo permitan sustentar grandes hipótesis. La posición de los restos humanos de Java fechados a comienzos del Pleistoceno, que contrasta con la edad posterior a Jaramillo que se asigna a la mayoría de los fósiles humanos de Indonesia, está también sujeta a debate (De Voos & Sondaar, 1994).

Orce y Dmanisi merecen más atención. Dmanisi, en el Cáucaso, en un lugar estratégico entre Europa y Asia, ofrece un conjunto de núcleos y lascas –pocas de ellas retocadas–, una mandíbula humana y un amplio conjunto de fauna. Su datación se apoya fundamentalmente en una fecha de  $2 \pm 0,1$  m.a. obtenida en una capa de basalto situada por debajo de los niveles arqueológicos, que únicamente justifica la atribución a éstos de una edad posterior. La fauna podría ser, a juicio de otros autores (Bar-Yosef, 1994), más reciente, entre 1,5 y 1,0 m.a.; de hecho en algún momento, antes de descubrirse la mandíbula humana, se refirió al Pleistoceno Medio. En Orce la situación es poco clara aún. No hay dataciones absolutas, sólo algunas determinaciones paleomagnéticas aisladas, difíciles de interpretar porque las correlaciones que se efec-

túan entre unos puntos y otros no están apoyadas estratigráficamente. Dos localidades han proporcionado industria lítica clara, Fuentenueva 3 y Barranco León. Es posible que su cronología, a juzgar por los datos faunísticos preliminares, corresponda al final del Pleistoceno Inferior, pero es imprescindible conocer mejor cómo se integran los depósitos de ambas localidades en el resto de la cuenca, la fauna y la secuencia paleomagnética, antes de especular con una fecha tan remota, que no encaja bien, en principio, con el carácter progresivo de la industria publicada de Fuentenueva 3.

Por ahora, en contraste con la posición que se defiende en la obra comentada, todas las referencias a una presencia humana fuera de Africa anteriores a 1,5 m.a. son sencillamente muy controvertidas. Recordemos que en este continente es precisamente a partir de esa fecha cuando se documentan industrias achelenses, antes, aunque en ocasiones se haya llegado a afirmar otra cosa, sólomente se constata de manera ocasional la presencia de utillaje bifacial.

La tercera etapa, de 1,5 a 0,78 m.a., cuenta sin duda con documentos más sólidos, aunque la perspectiva general que se asume en la publicación que analizamos y algunas cuestiones concretas merecerían discusiones más amplias. Para el autor, en este espacio temporal se habría producido una amplia expansión humana, que alcanzaría latitudes más elevadas –en realidad, como veremos, no por encima de los 40º lat. N.– y en consecuencia ambientes climáticos más rigurosos, lo que habría sido posible gracias a la utilización del fuego. Sin embargo las revisiones efectuadas sobre este problema no confirman el uso intencionado del fuego en ningún yacimiento de esta cronología. Ni los indicios de Swartkrans ni los de Chesowanja, mencionados por Bosinski, o los de Koobi Fora, aludidos en otras ocasiones, resultan del todo consistentes (James, 1996). No hay pruebas claras de domesticación del fuego hasta mucho más tarde, en las últimas etapas del Pleistoceno Medio, Kalambo Falls en Zambia, en Europa La Cotte de St. Brelade (Jersey), o la cueva de Bolomor (Valencia), serían algunos de los primeros lugares en que el uso sistemático del fuego parece demostrado.

Este capítulo se centra casi exclusivamente en Eurasia, aunque se alude a las investigaciones recientes en el Norte de África (Raynal *et al.*),

que sitúan la presencia humana en la zona a partir del final del Pleistoceno inferior. Ubeidiya, en el Rift del Jordán, es destacado como referencia clave. En efecto el amplio conjunto faunístico estudiado por Tchernov permite estimar una edad comprendida entre 1,0 y 1,4 m.a para este lugar, que cuenta con una amplia serie industrial de carácter achelense, de acuerdo con N. Goren, bien situada en contextos sedimentarios y estratigráficos. La edad de este achelense resulta muy próxima a la de los conjuntos achelenses africanos más primitivos.

La información que se ofrece de los yacimientos chinos, algunos de los cuales podrían ser anteriores al evento Jaramillo, es del mayor interés. Su posición dentro de grandes secuencias loésicas ha permitido fecharlos con precisión gracias al paleomagnetismo —una columna efectuada en esta misma región, Lishan-Liujiapo, constituye una de las principales referencias a escala mundial para esta técnica de datación—. Destaca el hallazgo de un bifaz en Gongwangling —1,13 m. a.—, que quizás podría corroborar, pero se trata de una sola pieza, la extensión del Achelense fuera de Africa antes de Jaramillo. Algunos *erectus* de Java serían otra prueba de la presencia humana en Asia al final del Pleistoceno inferior, y en el mismo sentido podrían abogar sitios como Kul'dara, en Tadjikistán, y Achalkalaki en el Cáucaso, cercano a Dmanisi, aunque la industria lítica sea realmente escasa. Por contra, *ninguno* de los sitios europeos citados por Bosinski están libres de discusión. Kurgan Cimbal, Sandalja, Monte Peglia y Kärlich aportan escasos restos líticos, y sin posición estratigráfica clara, tratándose además en general de piezas muy dudosas, las de Sandalja I especialmente. En cuanto a Le Vallonet, además de los problemas que suscita la estratigrafía y las contradicciones del conjunto faunístico, el carácter artificial del material lítico ha sido negado (Roebroeks & Kolfschoten, 1995; White, 1995), impresión que compartimos a partir de los materiales de este yacimiento que hemos podido examinar. Monte Poggiolo es una localidad de edad incierta; tanto la datación como la interpretación estratigráfica que se proponen presentan aspectos poco convincentes y no puede descartarse una cronología muy posterior.

En la actualidad el único sitio en Europa que con fundamento puede referirse al final del

Pleistoceno inferior es Atapuerca, el nivel TD6 e inferiores de Gran Dolina. En base a la reciente revisión del paleomagnetismo de esta secuencia (Parés y Pérez-González, 1995) se habrían acumulado entre el final del evento Jaramillo y el límite Brunhes-Matuyama (0,99-0,78 m.a.). TD6 aporta elementos, restos humanos e industria (Carbonell *et al.*, 1995; Bermúdez de Castro *et al.*, 1997), fundamentales para la problemática analizada en este libro, en el cual, al haberse publicado antes, no han podido tenerse en cuenta. Es posible que Fuentenueva 3, en la región de Orce, posea una cronología semejante o ligeramente anterior a la del tramo basal de Gran Dolina (Turq *et al.*, 1996). Los dos yacimientos permitirían plantear una presencia humana en la Península Ibérica sensiblemente anterior a la del resto de Europa, situación que ha llevado a algunos investigadores a recuperar Gibraltar como vía de acceso, una vieja idea que periódicamente surge y decae, quizás porque una comprobación estricta es imposible. En todo caso el Estrecho, que no llegó a cerrarse en todo el Cuaternario ni en el Plioceno, impidió el movimiento de la fauna entre ambas orillas, y por otra parte en el norte de Africa no se ha registrado industria o restos humanos fechables en el Pleistoceno inferior. Tampoco habría que olvidar el escaso conocimiento que se tiene de las regiones balcánicas, donde podrían surgir indicios decisivos en favor de una difusión por tierra, desde el Próximo Oriente. Atapuerca y Fuentenueva-3, si sus cronologías se confirman, podrían responder a una ocupación humana desde el Pleistoceno Inferior en Eurasia baja y muy selectiva, sometida a las condiciones ambientales y mejor adaptada a las regiones del sur, caso por ejemplo de la Península Ibérica.

Los capítulos IV (0,78 a 0,5 m.a.) y V (0,5 a 0,3) recogen los yacimientos europeos y asiáticos más significativos. Las cronologías que se aceptan, quizás demasiado altas en algunos casos, pueden producir la impresión de una dispersión temporal excesiva. La fecha K/Ar de Isernia La Pineta (0,733 ± 0,003 m.a.) es el principal argumento que llevaría a situar alguna de las localidades mencionadas al principio del Pleistoceno Medio, pero la fauna de este yacimiento, como recoge Bosinski, invita a considerar una edad posterior, próxima a 0,5 m.a.

(Roebroeks & Kolfschoten, 1995). En otros casos –Venosa, Soleilhac, Abbeville, Boxgrove, Miesenheim, Mauer, Vertezöllös...– tampoco parece prudente aceptar edades sensiblemente anteriores, sino más bien en el mismo rango que otros yacimientos incluidos en el capítulo siguiente, como por ejemplo Gesher Benot Ya'akov, Torre in Pietra o los sitios de la Formación Aurelia, en Roma. Todos los yacimientos españoles que se citan, en ambos capítulos, pueden tener una edad posterior a 0,5 m.a., quizás con la excepción de elementos aislados de las terrazas medias-altas del Guadalquivir, Tajo y Duero, o Cúllar-Baza, que pudieran ser ligeramente anteriores. Para San Quirce, en el Pisuerga, la posibilidad de una cronología en la primera mitad del Pleistoceno Medio, propuesta por los excavadores y asumida en posteriores síntesis nuestras, está siendo sometida a revisión (Arnaiz, com. pers.).

La selección de yacimientos que se ofrece en los dos últimos capítulos es sin duda representativa de los conocimientos actuales. En cada uno se presenta la información básica de manera sucinta, pero suficiente, recogiendo la bibliografía que puede permitir una visión completa del estado de la investigación. La amplia documentación gráfica es particularmente interesante, como lo será para los lectores españoles las referencias a los espectaculares yacimientos del norte de Alemania –Bilzingsleben, Schöningen...–, poco conocidos aquí. No es nuestro propósito entrar en detalles que alargarían innecesariamente esta nota. Si acaso, por lo que nos concierne, advertiríamos también del desarrollo desde 1990 de un nuevo proyecto de investigación en Torralba y Ambrona, cuyos primeros resultados son posteriores a la edición del libro que comentamos (Pérez González *et al.*, 1997; Santonja *et al.*, 1997), que ha permitido registrar una mayor antigüedad de Ambrona (Unidad inferior) que de Torralba y acusadas diferencias en el proceso de formación de ambos sitios, para los que no puede mantenerse la visión anterior, según la cual la acumulación de gran fauna, especialmente elefantes, era el producto de batidas de caza organizadas por los homínidos del Pleistoceno Medio.

A pesar de considerar que algunos aspectos cronológicos deberían haberse presentado de manera más crítica, el libro comentado aporta una buena panorámica del Paleolítico

inferior de Eurasia, por lo que constituye una obra de referencia eficaz para quien quiera conocer el estado actual de la investigación. Muchas cuestiones son problemáticas y sujeto de discusión debido a la todavía escasa información disponible. Hay yacimientos en regiones lejanas sobre los que casi nadie posee un conocimiento directo, y que pueden ser objeto de profundas revisiones. Este no es el caso de los yacimientos europeos y del Oriente Próximo (tampoco de los africanos), visitados por un buen número de investigadores, que han podido contrastar directamente las hipótesis previas. Resulta lógico en este contexto que en ocasiones las opiniones no sean unánimes. Es cierto que existe una marcada división entre quienes aceptan una presencia temprana del hombre fuera de África –posición que se adopta en el libro analizado– y quienes mantienen que no se puede producir antes de 1,4/1,5 m.a.. Este debate, cuya intensidad ha ido en aumento, ha tenido en cualquier caso un efecto muy positivo, reflejado en coloquios y reuniones que han permitido mejorar sustancialmente la comunicación entre los investigadores y han creado condiciones adecuadas para profundizar en el conocimiento de un asunto que ocupa un lugar destacado en la investigación del Paleolítico.

M. Santonja

### Obras citadas

- BAR-YOSEF, O., (1994): «The Lower Palaeolithic of the Near East». *Journal of World Prehistory*, v. 8: 211-266.
- BERMÚDEZ DE CASTRO, J. M., ARSUAGA, J. L., CARBONELL, E., ROSAS, A., MARTÍNEZ, I. & MOSQUERA, M. (1997): «A Hominid from the Lower Pleistocene of Atapuerca, Spain: Possible Ancestor to Neandertals and Modern Humans». *Science*, v. 276: 1392-1395.
- CARBONELL, E., BERMÚDEZ DE CASTRO, J. M., ARSUAGA, J. L., Díez, J.C., ROSAS, A., CUENCA-BESCÓS, G., SALA, R., MOSQUERA, M. & RODRÍGUEZ, X. P. (1995): «Lower Pleistocene Hominids and Artifacts from Atapuerca-TD6 (Spain)». *Science*, v. 269: 826-832.
- DE VOOS, J. & SONDAAR, P. (1994): «Dating Hominid sites in Indonesia». *Science*, v. 266: 1726.

- DENNEL, R. & ROEBROEKS, W. (1996): «The earliest colonization of Europe: the short chronology revisited». *Antiquity*, v. 70: 535-542.
- JAMES, S. R. (1996): «Early Hominid use of fire: Recent approaches and methods for evaluation of the evidence». In *The study of Human behaviour in relation to fire in Archaeology* (M. Piperno & R. J. March eds.): 65-75. Colloquium IX, XIII Int. Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences. Forlì.
- PARÉS, J. M.<sup>a</sup> & PÉREZ-GONZÁLEZ, A. (1995): «Paleomagnetic age for hominid fossils at Atapuerca archaeological site, Spain». *Science*, v. 269: 830 - 832.
- PÉREZ-GONZÁLEZ, A., M. SANTONJA, J. GALLARDO, T. ALEXANDRE, C. SESE, E. SOTO, R. MORA y P. VILLA, 1997: «Los yacimientos pleistocenos de Torralba y Ambrona y sus relaciones con la evolución del polje de Conquezueta». *Geogaceta*, v. 21, pp. 175-178.
- RAYNAL, J. P., L. MAGOGA, F.-Z. SBIHI-ALAOUI & D. GERARDS, (1995): «The Earliest occupation of Atlantic Morocco: the Casablanca evidence». En *The earliest occupation of Europe* (W. Roebroeks & T. van Kolfschoten, eds.): 255-262. University of Leiden.
- ROCHE, H. (1996): «Remarques sur les plus anciennes industries en Afrique et en Europe». In *Lithics industries, language and social behaviour in the first human forms* (F. Facchini ed.): 55-68. Colloquium VIII, XIII Int. Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences. Forlì.
- SANTONJA, M., A. PÉREZ-GONZÁLEZ, R. MORA, P. VILLA, E. SOTO y C. SESE, e. p.: «Estado actual de la investigación en Ambrona y Torralba (Soria)». *II Congreso de Arq. Peninsular* (1996). Zamora.
- TURQ, A., MARTÍNEZ NAVARRO, B., PALMQUIST, P., ARRIBAS, A., AGUSTÍ, J. & J. RODRÍGUEZ VIDAL (1996): «Le Plio-Pléistocène de la région d'Orce, province de Grenade, Espagne: bilan et perspectives de recherche». *Paleo*, v. 8: 161-204.
- WHITE, C. (1995): «La grotte du Vallonet: evidence of early hominid activity or natural processes?». *Paper presented at the Palaeolithic-Mesolithic day meeting* (17-III-1995). British Museum. London.